

Daniel en el foso de los leones - Daniel 6:1-28

Prominencia de Daniel bajo el reino de Darío

(Dn 6:1-3) “Pareció bien a Darío constituir sobre el reino ciento veinte sátrapas, que gobernasen en todo el reino. Y sobre ellos tres gobernadores, de los cuales Daniel era uno, a quienes estos sátrapas diesen cuenta, para que el rey no fuese perjudicado. Pero Daniel mismo era superior a estos sátrapas y gobernadores, porque había en él un espíritu superior; y el rey pensó en ponerlo sobre todo el reino.”

El capítulo 6 comienza en el mismo lugar donde terminó el capítulo 5. Darío acababa de ascender al trono de Babilonia después de haberla conquistado para el imperio medo persa. Esto ocurrió en el año 539 a.C. Una de las primeras responsabilidades que Darío tenía por delante era organizar el gobierno de Babilonia. Para ello nombró a ciento veinte sátrapas y estableció tres gobernadores, de los cuales Daniel era uno. Los sátrapas debían rendir cuentas a los tres gobernadores. De este modo Darío delegó en ellos los asuntos administrativos.

Recordemos que por aquel entonces Daniel ya no era el joven que se nos presenta en algunos de los dibujos que intentan representar las escenas de este episodio, sino que sería un anciano de unos ochenta y cinco años. De algún modo, Darío llegó a tener conocimiento de la dilatada experiencia de este anciano en el ejercicio del gobierno de Babilonia, de cómo había servido durante varias décadas a las órdenes de Nabucodonosor, y del don que el Dios del cielo le había dado para interpretar sueños. Darío se convenció de que un hombre de esa experiencia y fidelidad demostradas era idóneo para supervisar la labor de todos los sátrapas e incluso de los otros dos gobernadores. De este modo Daniel pudo seguir dando testimonio del Dios del cielo también en los comienzos del imperio medo persa.

Complot de los líderes contra Daniel

(Dn 6:4-9) “Entonces los gobernadores y sátrapas buscaban ocasión para acusar a Daniel en lo relacionado al reino; mas no podían hallar ocasión alguna o falta, porque él era fiel, y ningún vicio ni falta fue hallado en él. Entonces dijeron aquellos hombres: No hallaremos contra este Daniel ocasión alguna para acusarle, si no la hallamos contra él en relación con la ley de su Dios. Entonces estos gobernadores y sátrapas se juntaron delante del rey, y le dijeron así: ¡Rey Darío, para siempre vive! Todos los gobernadores del reino, magistrados, sátrapas, príncipes y capitanes han acordado por consejo que promulgues un edicto real y lo confirmes, que cualquiera que en el espacio de treinta días demande petición de cualquier dios u hombre fuera de ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones. Ahora, oh rey, confirma el edicto y fírmalo, para que no pueda ser revocado, conforme a la ley de Media y de Persia, la cual no puede ser abrogada. Firmó, pues, el rey Darío el edicto y la prohibición.”

I. Los gobernadores y sátrapas envidian a Daniel

Dios había vuelto a exaltar a Daniel en el nuevo gobierno medo persa, pero esto mismo llegó a causarle muchos problemas con los otros gobernadores y administradores. ¿Qué era lo que tanto les molestaba de Daniel que estudiaban su vida a fin de poderle acusar ante Darío? Nos imaginamos varias razones:

- Habían estado observando con atención a Daniel y se habían dado cuenta de que era un hombre completamente fiel e íntegro en su trabajo. Esto les impediría llevar a cabo asuntos ilegales o corruptos, algo que suele ser frecuente en todos los gobiernos.
- Aunque habían pasado muchos años desde que había llegado a Babilonia, Daniel nunca había renunciado a su origen judío, y seguramente sus adversarios no aceptaban que un extranjero hubiera llegado a ocupar una posición superior a la de ellos mismos.
- En muchas ocasiones los creyentes observamos que las personas del mundo nos tratan mal no por lo que hacemos, sino sencillamente por nuestra fe. Y en el caso de Daniel estaba claro que él se distinguía claramente de ellos porque no practicaba su politeísmo ni confiaba en sus divinidades de oro y plata.
- Pero sobre todo, lo que les movía era la envidia y los celos. Cuando una persona destaca en la sociedad, la política, los estudios o los negocios, inmediatamente surgen los celos de los demás.

Nadie está libre de la envidia. ¡Cuánto nos cuesta alegrarnos cuando vemos que alguien prospera más que nosotros! Recordemos algunas de las cosas que la Biblia nos enseña sobre la envidia:

- En **(Pr 27:4)** se nos dice: *“Cruel es la ira, e impetuoso el furor; mas ¿quién podrá sostenerse delante de la envidia?”*.
- En **(Pr 14:30)** se nos advierte que *“la envidia es carcoma de los huesos”*.
- Los hermanos de José le vendieron como esclavo por envidia **(Hch 7:9)**, y los judíos entregaron a Jesús a la muerte por la misma razón **(Mt 27:18)**.
- La crítica es con frecuencia un síntoma de la envidia.

2. Los enemigos de Daniel examinan su vida buscando alguna falta en él para acusarle

Los gobernadores y sátrapas estaban llenos de celos amargos contra Daniel y maliciosamente idearon la manera de arruinar su carrera. Sin embargo, cuando se propusieron encontrar alguna falta en él, a pesar de que lo estudiaron minuciosamente, no lo consiguieron. Daniel era un hombre incorruptible, fiel y diligente en el desarrollo de todas sus responsabilidades. ¡Qué habría sido de cada uno de ellos si se hubiera llevado a cabo la misma investigación exhaustiva sobre sus vidas!

Daniel debe ser un ejemplo para todos los creyentes. Como dijo el apóstol Pablo:

(Fil 2:15) *“que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo.”*

En el caso de Daniel sus enemigos llegaron a la conclusión de que no podrían acusarle por nada relacionado con su trabajo, así que pensaron en buscar algo sobre su religión. Y dicho sea de paso, era evidente que todos ellos conocían las creencias y prácticas de Daniel. No era alguien que se ocultara o avergonzara de su fe en el Dios del cielo.

Pero cuando los gobernadores y sátrapas buscaron alguna falta en su vida espiritual, tampoco la encontraron, y además, se dieron cuenta de que eso no sería algo a lo que Darío daría importancia. Finalmente llegaron a la conclusión de que necesitaban crear una situación en la que Daniel tuviera que elegir entre la fidelidad al rey y a su Dios. Sus enemigos le conocían lo suficiente para saber de antemano la posición que adoptaría

Daniel en un caso así. Sabían que para Daniel Dios estaba antes que cualquier otra cosa y de ninguna manera haría nada para desagradarle.

3. El plan de los enemigos de Daniel

Todos los gobernadores del reino, magistrados, sátrapas, príncipes y capitanes acordaron pedir al rey que promulgara un edicto real para que cualquiera que en el espacio de treinta días demandare petición de cualquier dios u hombre aparte del rey fuera echado en el foso de los leones. Sin lugar a dudas Daniel se encontraba en una gran desventaja numérica. Parece que todos los demás líderes estaban en contra de él.

En cuanto a la propuesta que presentaron a Darío, hay que decir que no estaban siendo honestos. Ellos dijeron que *“todos los gobernadores del reino”* suscribían esa petición, cuando lo cierto es que Daniel nunca fue consultado, y por supuesto, nunca habría estado de acuerdo en algo así.

Por otro lado, aquellos hombres se dieron cuenta de que no era posible encontrar una debilidad en Daniel por la que le pudieran atacar, pero conocían perfectamente las del rey. Con una maestría asombrosa presentaron su petición a Darío apelando a su vanidad. El rey debería haber sabido que la adulación atonta los sentidos y nos deja indefensos ante el engaño. Pero él se sintió tan honrado con la propuesta de sus súbditos que no fue capaz de negarse a ello. La idea de que durante un mes todas las personas le iban a tratar como un dios le resultó irresistible.

El impío programa basado en la vanidad personal del rey fue aprobado. El complot estaba en marcha. Darío se sentía plenamente satisfecho pensando en la alta estima en la que le tenían sus gobernadores y sátrapas, así que firmó un edicto real que no podría ser abrogado conforme a las leyes de Media y de Persia (**Est 8:8**). Y el castigo para el caso de aquel que dirigiera una oración a cualquier dios durante los siguientes treinta días consistiría en ser echado en el foso de los leones. De este modo, todo el pueblo de Babilonia estaba obligado a reconocer públicamente su total dependencia del rey.

Como decimos, Darío cayó en la tentación cegado por su propia vanidad. En ningún momento pensó en las consecuencias de su decisión. En primer lugar estaba usurpando el lugar del verdadero Dios, pero por otro, ¿cómo podría un simple hombre atender a las necesidades de todo un pueblo durante treinta días? ¿Acaso no se daba cuenta de sus propias limitaciones? Y por supuesto, tampoco tuvo en cuenta a Daniel, que sería el principal perjudicado por esta trama perversa de sus enemigos.

La oración pública de Daniel

(Dn 6:10-11) “Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes. Entonces se juntaron aquellos hombres, y hallaron a Daniel orando y rogando en presencia de su Dios.”

¿Qué hizo Daniel una vez que conoció el edicto que había sido firmado por el rey? Pues siguió haciendo lo que llevaba años haciendo: orar al Dios del cielo. Él no iba a retroceder, no se iba a esconder, ni tampoco iba a actuar de manera cobarde o disimulada. No iba a permitir que las circunstancias determinaran sus convicciones. En ese sentido Daniel era inflexible y no le importaban las consecuencias que sus actos pudieran tener para él si con ello agradaba a su Dios. Y no era que no conociera a lo que se enfrentaba. Sus acciones no eran fruto de una virtud ingenua que era incapaz de anticipar la gravedad de

lo que le ocurriría si no obedecía el edicto real. Era un hombre suficientemente inteligente y experimentado para saberlo. Y por eso mismo su coraje es extraordinario.

Así pues, el anciano profeta continuó con su vida de oración con toda normalidad. Si alguien le podía entender y sacar de aquel problema era Dios. Esa fue su primera y única opción. No recurrió a sus colegas o al rey, porque ya sabía lo que daban de sí las estrategias políticas. Eso no habría servido para nada. En lugar de eso entró en su habitación y buscó la presencia de Dios.

Notamos que oraba en dirección a Jerusalén. Esto tenía que ver con lo que Salomón había dicho en su oración de inauguración del templo, cuando pidió a Dios que escuchara las oraciones de su pueblo en el cautiverio (**1 R 8:47-49**). Este gesto sugería la esperanza de los exiliados de que un día regresarían a su tierra y de que el templo sería restaurado.

Otro detalle interesante es que Daniel *“daba gracias delante de Dios”*. ¿Por qué podía dar gracias si era un cautivo en un país extranjero? Pero es que él no se consideraba una víctima de las circunstancias, sino que se sentía en libertad en la presencia del Dios que siempre había estado a su lado desde su juventud. Además, daba gracias porque reconocía las bondades de Dios en su vida. Y seguramente también, porque sabía que los perversos planes de los hombres contra los siervos de Dios no pueden prosperar sin el permiso divino, aunque hayan sido firmados por el más importante gobernante de este mundo.

También rogaba en oración en presencia de Dios. Sin duda, con tantas responsabilidades de gobierno como tenía, era lógico que buscara sabiduría y fortaleza en Dios para tomar buenas decisiones. A quien no acudiría a presentar sus oraciones sería a Darío. Él sabía que sólo Dios puede proveer a nuestras peticiones.

Pero sobre todo, lo que más nos llama la atención, no es que Daniel orara en este momento, sino que oraba constantemente, tres veces al día. La práctica de la oración estaba perfectamente integrada en su vida, como el respirar, comer o dormir. Ahora bien, todos sabemos que es fácil orar en medio de los problemas, cuando surgen emergencias o pasamos por pruebas, pero otro asunto muy diferente es orar con constancia cada día. Si Daniel ha de ser considerado como un héroe, no debería ser porque después de conocer el edicto del rey oró tres veces al día con las ventanas abiertas cuando todos le podían ver, sino porque durante su larga vida había hecho lo mismo sin que nadie le observara.

Daniel es denunciado por sus enemigos y condenado

(Dn 6:12-18) “Fueron luego ante el rey y le hablaron del edicto real: ¿No has confirmado edicto que cualquiera que en el espacio de treinta días pida a cualquier dios u hombre fuera de ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones? Respondió el rey diciendo: Verdad es, conforme a la ley de Media y de Persia, la cual no puede ser abrogada. Entonces respondieron y dijeron delante del rey: Daniel, que es de los hijos de los cautivos de Judá, no te respeta a ti, oh rey, ni acata el edicto que confirmaste, sino que tres veces al día hace su petición. Cuando el rey oyó el asunto, le pesó en gran manera, y resolvió librar a Daniel; y hasta la puesta del sol trabajó para librarle. Pero aquellos hombres rodearon al rey y le dijeron: Sepas, oh rey, que es ley de Media y de Persia que ningún edicto u ordenanza que el rey confirme puede ser abrogado. Entonces el rey mandó, y trajeron a Daniel, y le echaron en el foso de los leones. Y el rey dijo a Daniel: El Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, él te libre. Y fue traída una piedra y puesta sobre la puerta del foso, la cual selló el rey con su anillo y con el anillo de sus príncipes, para que el

acuerdo acerca de Daniel no se alterase. Luego el rey se fue a su palacio, y se acostó ayuno; ni instrumentos de música fueron traídos delante de él, y se le fue el sueño.”

Sus enemigos políticos no tuvieron dificultades para encontrar a Daniel orando a Dios, así que sin ninguna demora lo acusaron delante del rey. Darío debió quedar muy sorprendido por este hecho, y seguramente fue entonces cuando se dio cuenta de cómo había sido utilizado por ellos. A aquellos hombres no les importaba ni la honra del rey ni el cumplimiento de la ley; su único objetivo era destruir al profeta de Dios. Darío pudo ver entonces la falsedad de sus corazones, pero ya era demasiado tarde, el edicto había sido firmado y no se podía revocar.

Notemos lo que sus enemigos dijeron de Daniel ante el rey: *“Daniel, que es de los hijos de los cautivos de Judá, no te respeta a ti, oh rey, ni acata el edicto que confirmaste, sino que tres veces al día hace su petición”*. Aparte de informarle de que Daniel no obedecía el edicto real, también enfatizaron que era *“uno de los deportados de Judá”*. Esto último pudiera sugerir ciertos prejuicios raciales y religiosos, como si quisieran recordar que Daniel era un extranjero, alguien que no era “de los nuestros”, una persona poco fiable. Este tipo de argumentos sigue funcionando muy bien también en nuestros días. Pero sea como fuere, ese era un hecho que no se podía negar; Daniel no había perdido su identidad judía en sus más de setenta años en Babilonia, y eso que como consideramos en el capítulo 1, Nabucodonosor había llevado a cabo con él y sus amigos un intenso programa de despersonalización.

Ahora los adversarios políticos de Daniel se sienten satisfechos de que su estrategia había funcionado perfectamente. Hasta el mismo rey había quedado atrapado en su trampa. Por supuesto, a Darío le tuvo que molestar mucho el tono triunfal con el que se dirigían a él una vez que lo tuvieron en sus manos. Seguramente este hecho sirvió para que aumentara la simpatía del rey hacia Daniel, a quien a partir de este momento buscó desesperadamente cómo librar. Pero todos los demás gobernadores y sátrapas se lo impidieron argumentando que un edicto real no podía ser revocado. Hasta el mismo Darío había quedado acorralado por sus propios súbditos.

Al rey *“le pesó en gran manera”* lo que había hecho. Estaba arrepentido de haber autorizado un edicto como ese movido únicamente por su vanidad. Pero ya no había solución. Daniel fue sentenciado y echado al foso de los leones, aunque el rey estaba plenamente convencido de su inocencia.

El foso en el que fue echado Daniel estaría cavado en tierra con la suficiente profundidad para que los leones no pudieran saltar y salir de él. Suponemos que también tendría un muro de poca altura alrededor del borde como protección. Disponía también de una abertura sobre la que fue puesta una piedra que a su vez fue sellada con el anillo del rey.

¡Qué triste resulta imaginar a Daniel, un hombre venerable y justo, ser llevado como el más vil de los malhechores para ser devorado por las bestias sólo por orar a su Dios.

La primera cosa que nos sorprende de su ejecución es que una caída desde esa altura no matara a un hombre anciano como Daniel. Pero aún fue mucho más extraordinario que aquellos hambrientos leones no devoraran al profeta. Y si todo esto no fuera suficientemente asombroso, todavía tenemos que escuchar lo que el rey le dijo a Daniel cuando iba a ser echado en el foso: *“El Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, él te libre”*. Pensemos bien en esto. Por un lado es sorprendente el interés de Darío por Daniel. No hay duda de que había quedado fuertemente impactado por su carácter y la fe que tenía en su Dios. Hasta un rey pagano como él podía ver la diferencia entre el Dios de Daniel y los otros dioses. Pero lo que más nos llama la atención es que el mismo rey le

diga al profeta que ore a su Dios para que le libre, cuando unos días antes había firmado un decreto prohibiendo hacer tal cosa. Estaba aceptando con toda claridad que él mismo estaba completamente incapacitado para atender las peticiones de sus súbditos.

Aunque Darío era un rey pagano, todavía había algo de sensibilidad en su corazón que le permitía distinguir entre la justicia y la injusticia, y en esos momentos él no tenía ninguna duda de que lo que acababa de hacer con Daniel era una terrible injusticia. Así que se fue a su palacio y no pudo dormir aquella noche. Suponemos que también estaría rabioso por haberse dejado manipular de esa manera por sus súbditos. Tan triste estaba que ayunó y no quiso que le trajeran instrumentos de fiesta.

La liberación de Daniel y condenación de sus enemigos

(Dn 6:19-24) “El rey, pues, se levantó muy de mañana, y fue apresuradamente al foso de los leones. Y acercándose al foso llamó a voces a Daniel con voz triste, y le dijo: Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones? Entonces Daniel respondió al rey: Oh rey, vive para siempre. Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo. Entonces se alegró el rey en gran manera a causa de él, y mandó sacar a Daniel del foso; y fue Daniel sacado del foso, y ninguna lesión se halló en él, porque había confiado en su Dios. Y dio orden el rey, y fueron traídos aquellos hombres que habían acusado a Daniel, y fueron echados en el foso de los leones ellos, sus hijos y sus mujeres; y aún no habían llegado al fondo del foso, cuando los leones se apoderaron de ellos y quebraron todos sus huesos.”

Después de una noche de insomnio, el rey se levantó muy de mañana y fue al foso de los leones. Este detalle es curioso, porque lo lógico sería que aquellos leones hambrientos hubieran devorado a Daniel, pero parece que el rey conservaba la esperanza de que hubiera sido protegido por el Dios a quien servía. Es decir, esperaba y deseaba un milagro.

Pronto descubrió que el Dios al que servía Daniel sí que le había podido librar. Este fue un poderoso testimonio a un rey pagano sobre la fidelidad y el poder de Dios. Una vez más en este libro, Dios había demostrado que él cuida de aquellos que confían en él.

Desde el fondo del foso Daniel respondió al rey: *“Oh rey, vive para siempre. Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo”*. En Daniel no hay palabras de reproche, ni de amargura o venganza. Todo lo contrario, el profeta parecía contento. Al fin y al cabo, había pasado la noche con el *“ángel del Señor”*, que como ya comentamos en el capítulo 3, podría haber sido Cristo preencarnado.

Daniel fue salvado por su fe, según explica **(He 11:33)**. Los hombres le habían condenado, pero Dios no, así que le libró de los leones.

Hasta el mismo rey se llenó de gozo al ver a Daniel sin ningún daño, lo que demuestra la alta estima en que el rey lo tenía. Inmediatamente mandó sacarlo del foso y examinarlo.

Como hemos dicho, Daniel no buscaba venganza, pero Darío no estaba dispuesto a dejar el asunto así, por eso *“dio orden y fueron traídos aquellos hombres que habían acusado a Daniel, y fueron echados en el foso de los leones ellos, sus hijos y sus mujeres; y aún no habían llegado al fondo del foso, cuando los leones se apoderaron de ellos y quebraron todos sus huesos”*. Suponemos que no fueron ejecutados los ciento veinte sátrapas, sino sólo aquellos que habían promovido aquella conspiración. Ellos recibieron el mismo

castigo que habían ideado para Daniel. Y por supuesto, aquellos leones hambrientos no tardaron en apoderarse de ellos. Lo que evidencia que el hecho de que no se hubieran comido antes a Daniel no era por falta de hambre, sino porque una fuerza superior se lo había impedido.

Darío reconoce al Dios de Daniel

(Dn 6:25-28) “Entonces el rey Darío escribió a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. De parte mía es puesta esta ordenanza: Que en todo el dominio de mi reino todos teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel; porque él es el Dios viviente y permanece por todos los siglos, y su reino no será jamás destruido, y su dominio perdurará hasta el fin. El salva y libra, y hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra; él ha librado a Daniel del poder de los leones. Y este Daniel prosperó durante el reinado de Darío y durante el reinado de Ciro el persa.”

No cabe duda de que Darío quedó profundamente impresionado por el Dios de Daniel. Él no tenía ninguna duda sobre el milagro ocurrido. Y por eso notamos un cambio asombroso en él: aquel que antes había exigido ser tratado como un dios, ahora promulga un nuevo edicto para que todos los súbditos de su reino teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel. Esto nos recuerda a los edictos anteriores de Nabucodonosor (**Dn 3:29**) (**Dn 4:1**). Aunque quizás no implique una fe personal por parte de Darío, sí que manifiesta una impresión abrumadora ante el poder del Dios de Daniel. Notemos que da testimonio de que el Dios de Daniel es el Dios viviente y eterno, que salva, libra y hace prodigios y milagros en el cielo y en la tierra. Un Dios así en verdad merece ser reverenciado y adorado.

Daniel tenía buenas razones para estar satisfecho. Por un lado había sido librado de los leones, pero sobre todo, porque Dios había vuelto a ser exaltado por su testimonio fiel. ¿Puede haber algo que produzca en el creyente más gozo que esto?

Finalmente *“Daniel prosperó durante el reinado de Darío y durante el reinado de Ciro el persa”*. A pesar de la oposición de los gobernadores y sátrapas, Daniel fue prosperado los años que vivió durante los reinados de Darío y Ciro.

Conclusiones y reflexiones

En cada uno de los seis primeros capítulos de su libro, Daniel ha presentado diferentes ejemplos históricos de la soberanía de Dios. Ha dejado claro que detrás de los hombres siempre está Dios controlando toda la política internacional. Con estas demostraciones Daniel quería animar al pueblo de Dios que se encontraba en medio de circunstancias adversas para que vivieran confiados en él. Y nosotros también, cuando nos lleguen las horas oscuras y difíciles en las que no comprendemos lo que Dios hace, debemos volver a recordar estas lecciones históricas expuestas en el libro de Daniel. Podemos confiar en Dios en cualquier situación.

Ahora bien, esto no quiere decir que por confiar en Dios todo nos va a ir siempre bien. Como hemos visto, el malo muchas veces triunfa sobre el justo. Pero el libro de Daniel nos recuerda una y otra vez que su triunfo es corto y acaba en ruina, mientras que la victoria final y total es de Dios, y que los fieles triunfarán juntamente con él.

Lo que realmente nos debe preocupar es vivir santamente como lo hizo Daniel. Aunque él se movió siempre en medio de la inmoralidad y la idolatría, nunca participó en estas

cosas. Por el contrario, siempre mantuvo un estilo de vida íntegro y santo. Fue de este modo cómo logró dejar un impacto permanente en los grandes reyes de su época y en la historia de la humanidad. Con frecuencia estamos más preocupados en ser librados de las pruebas y el sufrimiento en lugar de pensar en qué tipo de testimonio están recibiendo de nosotros los que nos rodean.

Seguramente el fiel testimonio de Daniel tuvo una importante influencia sobre Ciro a la hora de redactar el edicto que permitía y promovía el regreso del pueblo judío a su país y la reedificación del templo (**Esd 1:1-4**) (**2 Cr 36:22-23**).

Un prototipo de Cristo

La historia de Daniel presenta muchas similitudes con la historia de nuestro Señor Jesucristo. Veamos algunas de ellas:

- En ambos casos sus acusadores no pudieron encontrar faltas en ellos (**Jn 8:46**).
- La razón por la que los entregaron fue la envidia (**Mt 27:18**).
- En ambos casos los acusadores fingieron una falsa obediencia y devoción hacia la autoridad real (**Jn 19:15**).
- Tanto Darío con Daniel, como Pilato con Jesús, ambos gobernantes quisieron librarles (**Lc 23:20**).
- Tanto el foso de los leones como la tumba de Jesús fueron cerradas con una piedra que a su vez fue sellada por el poder imperial (**Mt 27:66**).
- En ambos casos salieron ilesos de la muerte porque ante Dios fueron encontrados inocentes (**Hch 2:22-24**).
- Aquellos que habían entregado a Daniel murieron después, igual que Judas, el que entregó a Jesús (**Hch 1:16-19**).
- Después de esta experiencia de muerte y resurrección, ambos recibieron mayor gloria que antes (**Hch 2:36**).